

CUESTA BUSTILLO, Josefina: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, 496 pp.

La eclosión de la historiografía sobre la memoria (o las memorias) es un ejemplo palmario de la contradictoria relación que existe entre el a menudo polémico y hasta escandaloso devenir de los problemas del presente y la labor más callada y

presuntamente aséptica del historiador. La moda memorialista nos evoca, en cierto modo, las célebres e intempestivas reflexiones de F. Nietzsche a propósito de la utilidad de la historia para la vida, en las que se quejaba amargamente del abuso de lo histórico, de la sobresaturación histórica como patología.

El caso que nos ocupa se inscribe, sin lugar a dudas, en esa pleamar de estudios históricos que expresan, entre otros fenómenos, la escasa capacidad generacional de superación del pasado mezclada con dosis considerables de avidez de saber y necesidad de una justa reparación de las víctimas de esos conflictos medulares (la Guerra Civil, el franquismo y la Transición) que todavía poseen capacidad de moldear y movilizar nuestra conciencia histórica. En esta marea alta pueden encontrarse todo tipo de oportunismos, revisionismos y simplismos de distinto tinte ideológico. Afortunadamente el libro de Josefina Cuesta, catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca, no encaja en ninguno de estos nefastos y despreciables «ismos».

Ciertamente, la trayectoria de esta historiadora posee una larga y no coyuntural preocupación por el tema de la memoria y los problemas del presente, de los que es una de las figuras precursoras en nuestro país. Tampoco la labor ingente de documentación que aporta este libro cae en posiciones simplistas, más allá de nuestro acuerdo o desacuerdo con sus interpretaciones, desprovistas de razón empírica. La aparición también este año del libro, en realidad una nueva factura de obra pionera en su tiempo (1996), de Paloma Aguilar Fernández (*Políticas de la memoria y memorias de la política*) en la misma empresa editorial completa la necesaria veta documental de un tema plagado de malentendidos políticos.

El cuerpo de libro se compone de dos partes bien diferenciadas y de muy desigual extensión. La más breve, a modo de introducción teórica al tema, *Memoria e Historia, relaciones: ¿Falsas amistades?*, pretende definir con carácter previo el aparato conceptual y metodológico del que

se vale la autora. Allí se reflexiona sobre las múltiples dimensiones del objeto investigado (la memoria) y de la ciencia que investiga (la historia). Esa pareja de existencia paradójica y de fidelidades a la verdad no siempre recíprocas ni simétricas. Aquí Josefina Cuesta, tomando como base la reflexión de la teoría social y de la filosofía (principalmente fenomenológica), realiza un ejercicio de exégesis de las más prominentes autoridades en la materia. Claro que a veces la faramalla de citas y apoyos no permite distinguir bien el pensamiento propio y las polémicas relaciones entre memoria e historia quedan un tanto reducidas a las diferencias entre un saber interesado y otro desprovisto de interés. Pero... ¿acaso la historia de los historiadores no es una dimensión de las memorias actuantes en la vida social? Quizás en esta parte no hubiera estado de más redescubrir, más allá de la acertada presencia de Hanna Arendt, las polémicas sobre el uso público de la historia introducidas por J. Habermas en la Alemania de los años ochenta, cuando los nietos reclamaban la verdad sobre el pasado nazi. Cuenta el filósofo español Reyes Mate (en la revista *Con-Ciencia Social*, n.º 12 [2008], pp. 110 y 111) cómo a menudo, en reuniones en Berlín o Tel Aviv, se sorprende del candor científico y la ingenuidad que muestran los historiadores españoles al despreciar el valor cognitivo de la memoria.

Es preciso, sin duda, incorporar a la historiografía española a esta cultura de la memoria, que ya es común en otras latitudes. Precisamente el libro de Josefina Cuesta expresa esa necesidad y, con su documentada aportación, nos ayuda a ese propósito, porque su mérito más seguro consiste en aportar un auténtico *collage* compuesto de informaciones muy diversas que nos permiten ir reconstruyendo el rompecabezas (y el rompesentimientos) de las formas que nos han impuesto y nos hemos impuesto de recordar nuestra propia experiencia colectiva y la de nuestros antepasados.

En efecto, en la segunda parte del libro, la autora aplica las categorías ensayadas previamente y despliega todo su saber de

concienzuda historiadora. Se divide esta sección de investigación más directa y empírica en dos rubros: el primero, *Memorias bajo una Dictadura* y, el segundo, *Memorias para la democracia*. Ya puede uno imaginar que las preposiciones *bajo* y *para* poseen carga semántica e ideológica muy notables. En los tres capítulos de que consta *Memorias bajo una Dictadura*, la profesora Cuesta nos ilustra acerca del proceso doble y complementario de destrucción de la memoria republicana y de construcción de un recuerdo glorificador y heroico del régimen franquista. En los cinco capítulos de *Memorias para la democracia*, la porción más extensa, intensa y recomendable del libro, la autora acude a toda su erudición para dar cuenta de cómo en la época democrática se produce una reelaboración de la historiografía y del mismo recuerdo social del momento sobre la República, la Guerra Civil y la Dictadura, los tres ejes ordenadores de nuestra actual conciencia histórica. Incluso, en el último de los capítulos, como buena historiadora del tiempo presente, no duda en adentrarse en las turbulentas aguas del *Recuerdo, silencio y amnistía en la Transición y en la Democracia*. Finalmente, en un *Epílogo inacabado*, la profesora Josefina Cuesta realiza una recapitulación de sus principales ideas e interrogantes, terminando con valoraciones sobre los dilemas de las memorias generacionales que hoy se plantean y los no pocos problemas de justicia y reparación, a pesar de la llamada popularmente ley de memoria histórica, que quedan pendientes. La profesora de la Universidad de Salamanca sostiene que no hubo olvido de las víctimas pero tampoco se dio la necesaria justicia reparadora.

Una obra como ésta posee múltiples matices susceptibles de ser valorados. El historiador gustador del detalle y del uso de múltiples fuentes no puede más que celebrar su lectura. El apéndice de fuentes, bibliografía y el complementario índice analítico constituyen ya en sí mismos un magnífico itinerario de iniciación en el campo de estudio. El uso de la prensa (con no habitual frecuentación de la internacional), de enciclopedias como Espasa-Calpe,

de callejeros, de legislación, de lugares físicos y mentales de las memorias sociales, etc., nos proporciona un exhaustivo abanico de posibilidades para la interpretación histórica (que no ha de ser siempre coincidente con la autora) y para un fin que interesa muy especialmente al autor de esta reseña: la educación histórica de las nuevas generaciones.

Ahora bien, los deberes de la memoria en la educación y en la historiografía poseen funciones distintas y nunca la historia enseñada ha de ser una mera clonación del saber histórico disponible. Pero, en un sentido amplio, el fin de los historiadores (sobre el que tanto se ha polemizado últimamente) ha de proyectarse, en parte, hacia un uso público y social, o sea, educativo. Agradecemos a Josefina Cuesta que se haya atrevido a surcar las procelosas aguas de la memoria de un pasado como el español que, evocando los ecos de su cita literaria inicial, navega entre la Escila del olvido y la Caribdis de la patología nietzschceana del recuerdo.

RAIMUNDO CUESTA FERNÁNDEZ